
Introducción

Este número de *Estudios Jaliscienses* es una especie de homenaje a la política exterior mexicana de antaño que, como lo señala en su texto María Eugenia López de Roux, quien fuera subdirectora de archivos de la Cancillería Mexicana durante muchos años, se definió a partir de 1918 y mantuvo sus banderas desplegadas hasta finales del siglo pasado.

Su fortaleza fue la continuidad y la persistencia de los diferentes gobiernos sosteniendo y defendiendo sus principios fundamentales: derecho de autodeterminación de los pueblos, solución pacífica de las controversias, el derecho de asilo a los perseguidos políticos y, sobre todo, el respeto al derecho ajeno.

Varias veces, durante los ocho años que trabajé en la Secretaría de Relaciones Exteriores, me tocó ser testigo y hasta actor de algunas acciones internacionales de México e, incluso, aprovechar, en beneficio de nuestras causas, la enorme resonancia que tenía la voz de nuestro país.

Lamentablemente, el prestigio procedió a derrumbarse por obra y gracia de un cambio de gobierno al comenzar el siglo XXI y, dando traspies, siguió la decadencia hasta 2018. Llegó a su cima cuando, sin deberla ni temerla, el embajador de Corea del Norte fue expulsado de nuestro país para quedar bien con la Casa Blanca.

Una luz en el horizonte apareció cuando el nuevo gobierno, a principios de este año, junto con el de Uruguay y el de Italia, abrió un frente en favor de la paz y en contra de la intervención armada en Venezuela, cuya solapada intención primordial era satisfacer la voracidad petrolera de Estados Unidos, sin importar las simpatías o antipatías que nos despertara el actual gobierno de Caracas.

Pero esta revista mira al pasado y ofrece unos pocos testimonios que contribuyeron a consolidar el gran prestigio de nuestras relaciones exteriores. Podríamos decir que casi se trata de una suerte de homenaje a ellas.

Se han escogido temas diversos que, por supuesto, están muy lejos de pretender decir todo lo que se debería, incluso tópicos de relevancia mayor quedaron fuera, en espera quizá de otra ocasión para reforzar el asunto. Sin embargo, lo que aquí se ofrece también tiene su importancia.

¿Quién podrá negar el enorme valor de la ayuda a refugiados españoles y de otras nacionalidades víctimas de la avalancha totalitaria en Europa,

cuando se acercaba la mitad del siglo xx? Difícil es encontrar una gesta capaz de salvar la vida a más de cien mil personas y traer a casi la mitad de ellas a protegerse bajo las alas del águila mexicana en esta tierra nuestra.

Si se dice que “quien no asegunda no es buen labrador”, vale recordar que el asilo político fue un derecho vigente hasta que el presidente Fox se encargó de echarlo a la coladera y ahí lo mantuvieron los dos gobiernos siguientes...

Testimonio de ello es el texto que facilitó el embajador Raúl Valdés, segundo de a bordo de la embajada mexicana en la República de Chile cuando, en 1973, se produjo en ese país el sangriento golpe encabezado por el general Pinochet. De nueva cuenta muchos refugiados de calidad vinieron a dar a México. Sólo que la vigencia de esta dictadura militar fue mucho más breve que la de Francisco Franco en España y los refugiados pudieron volver antes. Lo mismo que pasó en Argentina, dando lugar a los famosos argenmex.

Creo que cierto valor tuvo también la gestión mexicana para que el entusiasmo por recordar el V centenario de 1492, perdiera el sentido eurocéntrico y colonialista que le estaban dando los españoles y los españolistas latinoamericanos, en aras de una definición equilibrada y respetuosa de la existencia de valiosas culturas americanas cuando se produjo el encuentro. En este caso, pudimos contar con textos originales de Miguel León-Portilla que fue la insignia de aquel choque de ideas que finalizó con el triunfo de las mexicanas.

Para concluir, a manera de reconocimiento a todo el personal del Servicio Exterior Mexicano, aprovechamos la biografía de uno de ellos, íntegro y patriota a carta cabal, que responde a la mejor imagen que se generalizó del diplomático mexicano de entonces. Se trata de Ernesto Madero, quien escaló paso a paso, no sin contratiempos, riesgos y sacrificios, todo el escalafón de dicho Servicio. Su biografía se debe a otro diplomático de carrera: Antonio Pérez Manzano, a quien agradecemos también su desinteresada y eficiente colaboración.

Ojalá que el presente número de ésta ya longeva y cabalmente puntual revista, coadyuve a enriquecer la imagen que tenemos de la política exterior mexicana y contribuya, aunque sea un poquito, a que se recupere el prestigio de antaño.

José M. Murià
*Ex presidente de El Colegio de Jalisco
y fundador de esta revista*